

sus troncos hácia el mediodía, cargados de nidos de una multitud de pajarillos. De cuarto en cuarto de hora se encuentra una torre, de magnífica construccion, de que arrancan enormes bóvedas que van á rematar en otra torre, formando puertas y arcos antiguos. La mayor parte de estas puertas estan tapiadas en la actualidad, y la vegetacion, que todo lo ha invadido, tapias, puertas, almenas, cubos y torreones, forma en estos sitios los mas singulares y hermosos ayuntamientos con las ruinas y las obras del hombre. Hay planos de yedra que bajan de lo alto de las torres, como pliegues de inmensas capas; hay enredaderas que forman puentes de verdura de cincuenta pies de arco de brecha á brecha; hay pensiles de alelies, sembrados en paredes perpendiculares, que el viento mece sin cesar como olas de flores; millares de arbustos forman almenas de hojas y de colores diversos. — De todo ese conjunto salen bandadas de pájaros, cuando se tira una piedra á las tapias entapizadas de verdura ó á los abismos de vegetacion que hay en los fosos. Vimos sobre todo una multitud de águilas que habitan en las torres, y se ciernen todo el día al sol encima de sus nidos, etc.

.....

Julio.

Seguimos pasando la misma vida solitaria en Buyukderé : al anoecer nos paseamos por el mar ó por el valle de las Rosas. — Visitas de M. Truqui todas las semanas : los buenos corazones tienen en sí una virtud que consuela. Dios les ha dado el único bálsamo que existe para las heridas incurables del corazón, — la simpatía.

Ayer el conde Orloff, comandante de la escuadra y del ejército rusos, y embajador extraordinario del emperador de Rusia cerca de la Puerta, celebró su triunfo y su partida con una funcion militar dada al sultan en el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia, en Buyukderé, cubren las faldas de una montaña que cierra el golfo y cuyo pie baña el mar; desde las azoteas del palacio se disfruta la vista del Bósforo en su doble corriente hácia Constantinopla y hácia el mar Negro. Todo el día la artillería de la escuadra rusa, surta al pie de los jardines delante de nuestras ventanas, ha estado haciendo salvas de minuto en minuto, y sus mástiles empavesados se han confundido con la verdura de los grandes árboles de ambas orillas : desde el amanecer, ha

cubierto el mar una innumerable muchedumbre de barcos y de caiques en que salian de Constantinopla quince ó veinte mil espectadores que pronto se esparramaron por los kioskos, los prados y los montes circumvecinos: muchos se quedaron en los caiques, que llenos de mugeres judías, turcas y armenias, vestidas de brillantes colores, circulaban por el mar como ramilletes de flores. El campamento de los Rusos, situado en las vertientes de la montaña del Gigante, á media legua de la escuadra, se destaca con sus tiendas blancas y azules sobre la sombría verdura y las abrasadas laderas de la montaña. Por la noche, los jardines de la embajada rusa estaban iluminados con millares de candilejas pendientes de todas las ramas: los navios iluminados tambien en todos los mástiles, en todas las vergas, en todas las jarcias, parecian buques de fuego cuyas baterías hacia estallar un incendio. Sus costados vomitaban torrentes de relámpagos, y el campamento de las tropas de desembarco, iluminado por grandes fogatas encendidas en todos los cabos y en todos los montes de la costa de Asia, se reflejaba en luminosos regueros en el mar y proyectaba las llamaradas de un incendio en toda la inmensa superficie del Bósforo, mientras llegaba el Gran-Señor, en medio de aquella esplendente noche, en un barco de vapor, é iba

á situarse bajo las azoteas del palacio de Rusia, para gozar del espectáculo que se le preparaba. Veíasele en el puente de su buque, rodeado de su visir y de sus bajás favoritos; él se quedó á bordo, y envió al gran visir á asistir á la cena del conde Orloff. Inmensas mesas, dispuestas bajo las largas calles de plátanos, y otras mesas escondidas en todos los especillos de los jardines, estaban cubiertas de oro y plata que repercutaban las luces de los árboles iluminados. En la hora mas sombría de la noche, un poco antes de salir la luna, se alza en los aires y discurre sobre las olas un gran fuego artificial preparado sobre balsas, en medio del Bósforo, á igual distancia de las tres orillas, y tiñe de una sangrienta claridad las montañas, la escuadra y aquella innumerable muchedumbre de espectadores, cuyos caiques cubrian el mar. Nunca he presenciado mas hermoso espectáculo; parecia que se rasgaba la bóveda de la noche y dejaba ver un mundo encantado, con elementos, montañas, mares y cielos de una forma y de un color desconocidos, y millares de sombras vaporosas y fugitivas flotando sobre olas de luz y fuego. Luego todo quedó sepultado en silencio y tinieblas; las candilejas apagadas, como al soplo del viento, desaparecieron de todas las vergas, de todas las troneras de los navios, y la luna, saliendo de un

valle entre las cimas de dos montes, vino á deramar su luz mas templada sobre el mar, y á destacar sobre un fondo de perlas las enormes moles negras, y los espectros disecados de los palos, de las vergas y de los obenques de los navios. El sultan se volvió á su palacio en su ligero barco de vapor, cuya columna de humo arrasaba sobre el mar, y se desvaneció en silencio como una sombra que hubiera ido á asistir á la ruina de un imperio.

No recordaba aquella escena á Sardanápalo iluminando con los resplandores de su hoguera los despojos de su trono derruido; aquello era el asesinato de un imperio agonizante, precisado á pedir á sus enemigos apoyo y proteccion contra un esclavo rebelde, y asistiendó á la gloria de aquellos y á su propia humillacion. ¿Qué podian pensar los graves y fieles Osmanlís que veian los fulgores del campamento de los bárbaros cristianos y las luminarias de su regocijo resplandecer sobre las montañas sagradas de Asia, sobre las mezquitas y hasta sobre las murallas de los antiguos serrallos? ¿Qué pensaba el mismo Mahmud bajo la afectada sonrisa de sus labios? — ¿Qué serpiente le devoraba el corazon? ¡Ah! habia en aquello algo que era profundamente triste, algo que partía el corazon para él, y que, en mi concepto, hubiera debido

bastar para suscitar en su alma el heroismo por medio del remordimiento. — Y tambien habia algo que era profundamente consolador para el pensamiento del filósofo que reconoce á la Providencia y ama á los hombres, en contemplar esa irresistible fuerza del tiempo y de las cosas que hacia caer desmoronado un imperio inmenso, obstáculo á la civilizacion de la mitad del Oriente, y que llevaba paso á paso, á aquellos hermosos paisés, razas de hombres mas activos, dominaciones mas humanas, y religiones mas progresivas.

.....

Julio.

Hoy he comido en casa del baron de Sturmer con el príncipe real de Baviera, que vuelve de Grecia y se detiene algunos dias en Constantino-
pla. Este joven príncipe, sediento de instruccion, y bastante sensato para olvidar en la apariencia el trono que le espera, solicita la conversacion de los hombres que no tienen interés en adularle y se forma escuchándolos: — él por su parte se esplica perfectamente. — El rey mi hermano ¹,

¹ Oton I, rey de Grecia, hijo segundo del rey de Baviera. — N. del T.

me dijo, está indeciso aun en la eleccion de su capital, y deseo saber su opinion de vm. — La capital de la Grecia, le respondí, está designada por la naturaleza misma del suceso que ha reconstituido á la Grecia. — La Grecia es una resurreccion; cuando se resucita, es preciso renacer con la misma forma y el mismo nombre, con una completa individualidad. Atenas con sus ruinas y sus recuerdos, es la señal de reconocimiento de la Grecia; preciso es, pues, que renazca en Atenas, ó nunca será mas que lo que es hoy, — una pobre tribu diseminada en los riscos del Peloponeso y de las Islas.



Julio.

Partida de la escuadra y del ejército rusos. Ya saben ahora el camino, ya han acostumbrado á los Turcos á verlos. — El Bósforo queda desierto é inanimado.

Mis caballos árabes Hegan por el Asia Menor. Tedmor, el mas hermoso, y el que yo mas queria de todos, ha muerto en Magnesia, casi en el término del camino: los sais le han llorado, y todavía lloran contándome su fin: este noble bruto fué la admiracion de todas las ciudades de la

Caramania por donde pasó. Los otros están tan flacos y tan molidos, que necesitarian un mes de descanso para ponerse en estado de hacer el viaje de la Turquía de Europa y de Alemania. Vendo los dos mas hermosos á M. de Boutenief para las caballerizas del emperador de Rusia, y los otros tres á diferentes personas de Constantinopla. Siempre me acordaré con sentimiento de Tedmor y de Saide.

Acabo de ajustarme con unos Turcos de Stambúl y del arrabal de Eyub, poseores de esos carruages en que van las mugeres por las calles de Constantinopla; me alquilan cinco *arabas*, tirados cada uno por cuatro caballos, para llevarnos en veinticinco dias de marcha hasta Belgrado á mi muger y á mí, á M. de Capmas, á mis criados y todo el equipage. Alquilo dos Tártaros para dirigir la caravana, y los camellos y machos necesarios, con sus conductores, para llevar las camas, la cocina, los cajones de libros, etc.; y en fin seis caballos de montar para nosotros, para cuando los caminos no nos permitan viajar en *araba*. — El coste de todos estos caballos y carruages es de sobre cuatro mil francos (diez y seis mil reales). Un escelente intérprete nos acompaña á caballo. Fijamos la partida para el 25 de Julio.

.....

Julio.

Esta madrugada salimos de Constantinopla á las dos; los caballos y los equipages nos aguardaban en el arrabal de Ayub, en una placita, no lejos de una fuente rodeada de plátanos, al lado de un café turco. Se reúne mucha gente para vernos salir, pero no experimentamos insulto ni pérdida de ninguna especie: — la probidad es la virtud de las calles; en Turquía es menos común en los palacios. Los Turcos que están sentados bajo los árboles junto al café, los muchachos que pasan, nos ayudan á cargar nuestros *arabas* y nuestros machos, y recogen y nos traen los objetos que se caen ó que se nos olvidan.

Nos ponemos en camino al salir el sol, todos á caballo, y subiendo las largas y empinadas calles solitarias que van del arrabal de Eyub á las murallas griegas de Stambúl. Pasamos á un cerro pelado y desierto, dominado por un soberbio cuartel: dos batallones del *nysam djerid*, tropas regulares, están haciendo el ejercicio delante del cuartel. M. Ruqui y los jóvenes Griegos de su consulado han querido acompañarnos, y allí nos separamos de ellos: — abrazamos á aquel

hombre excelente que ha sido para nosotros una Providencia en nuestros días de aislamiento. En la desesperacion, una amistad de dos meses es como una amistad de largos años. ¡Quiera Dios premiar y consolar los últimos años de este hombre de consuelo! ¿Quién sabe si nos volveremos á ver en la tierra? Partimos para una larga y azarosa peregrinacion; él se queda triste y enfermo, lejos de su esposa y de su patria. En vano quiere ocultarnos sus lágrimas, — y las nuestras mojan sus manos trémulas. — Hacemos alto á tres leguas de Constantinopla, para dejar pasar las horas mas calurosas. — Hemos cruzado un país cubierto de collados que señorean el mar de Mármara; — pocas casas, diseminadas en los campos; — ningún pueblo. — A las cuatro proseguimos nuestro camino, y siguiendo siempre una cordillera de cerros bajos, anchos y pelados, llegamos á un pueblecillo donde nuestros Tártaros, que han tomado la delantera, nos han hecho disponer una casa, perteneciente á una excelente familia griega: — tres mugeres amabilísimas: — niños admirablemente hermosos. — Tienden alfombras y cogines sobre el piso de madera, para que pasemos la noche. Mi cocinero se proporciona arroz, gallinas y verduras en abundancia. — A las tres de la madrugada ya está la caravana en pie. — Unos de mis Tár-

taros sale algunas horas antes. Despues del descanso de medio dia, en la orilla de una fuente ó á la sombra de algunas ruinas, nuestro Tártaro batidor toma mis órdenes, va á galope á la ciudad ó á la aldea donde pensamos hacer noche, y lleva mis cartas del gran visir al bajá, al agá, al *ayam* ó señor del pueblo. Estos eligen la mejor casa griega, armenia ó judia de la poblacion, y avisan al dueño que la prepare para unos extranjeros : á ella hacen llevar el forrage necesario para los treinta y dos caballos de que se compone nuestra caravana, y á veces una buena cena para todos. El *ayam*, acompañado de los principales vecinos y de algunos ginetes, si hay tropas en el pueblo, sale á recibirnos á cierta distancia y nos acompaña á nuestra posada, se apea con nosotros, nos introduce, hace traer pipas y café, y á los pocos momentos se retira con su comitiva. En seguida voy á pagarle su visita.

De Constantinopla á Andrinópolis, nada hallamos notable y pintoresco mas que la inmensa estension de las llanuras sin habitaciones ni árboles, cruzadas, de trecho en trecho, por un rio acanalado y medio seco, que pasa bajo los arcos de algun puente arruinado. Por la noche, apenas se halla una mala aldea, en el fondo de algun valle rodeado de huertecillos : — los vecinos son todos Griegos, Armenios ó Búlgaros. Los *kans* de

estas aldeas son unos miserables corralones. — Así continua el camino por espacio de cinco dias, sin que encontremos alma viviente : esto parece un desierto de Siria. — Solo una vez nos hallamos en medio de treinta ó cuarenta labradores búlgaros, vestidos como Europeos, y con gorros negros de piel de carnero, que van á Constantinopla y caminan al son de dos gaitas. Prorrumpan en gritos al vernos, y se precipitan hácia nosotros pidiéndonos algunas piastras : estos infelices son los Saboyanos de la Turquía de Europa; suelen emplearse en guardar los caballos del Gran Señor y de los bajás en las dehesas de las aguas dulces de Asia y de Buyukderé, y son los hortelanos y jardineros de Stambúl.

El sexto dia por la mañana vemos á Andrinópolis en el remate de estas llanuras, en una hermosa hondonada entre dos montañas. La ciudad parece inmensa, y la señorea su hermosa mezquita, que es el mas bello monumento religioso de la Turquía despues de santa Sofia ; construyóle Bayaceto en los tiempos en que Andrinópolis era la capital del imperio. Los campos, dos leguas antes de la ciudad, estan sembrados de trigo, viñas y toda especie de árboles frutales ; numerosos arroyos serpentean por el llano. Entramos en un largo arrabal ; atravesamos la ciudad en medio de una muchedumbre de Turcos, de muge-

res y de muchachos que se agolpan para vernos, pero que, lejos de importunarnos, nos manifiestan suma atencion y respeto. Las personas que han salido á recibirnos, nos conducen á la puerta de una hermosa casa, perteneciente al señor Vernazza, consul de Cerdeña en Andrinópolis.

Pasamos dos dias en Andrinópolis en la deliciosa casa de este consul. Su familia está á algunas leguas de aquí, en las orillas del río Maritza (el Ebro de los antiguos); — hechicera vista de Andrinópolis, por la tarde, desde la azotea del señor Vernazza. Tres rios riegan la ciudad, que es bastante grande, — el Ebro, el Arda y el Tundicha, y por todas partes está cercada de bosques y de agua, que limitan hermosas cordilleras. — Visita á la mezquita, edificio parecido á todas las mezquitas, pero mas elevado y espacioso; nuestras artes no han producido nada mas atrevido, mas original, ni de mas efecto que este monumento y su minarete, columna calada de mas de cien pies de cuerpo.

Salimos de Andrinópolis para Filipópolis; el camino atraviesa por desfiladeros y risueñas cañadas llenas de árboles, aunque desiertas, entre las altas cordilleras de los montes del Rodopo y del Hemo: — tres dias de marcha: — graciosas aldeas; — por la tarde, á tres leguas de Filipópolis veo en la llanura una muchedumbre

de ginetes turcos, armenios y griegos, que acuden hácia nosotros á galope. Un bizarro mancebo, montado en un soberbio caballo, llega el primero y me toca con el dedo; luego se pone á mi lado, me habla en italiano, y me esplica que habiéndome él tocado el primero debo aceptar su casa, cualesquiera que sean las instancias de los demas para llevarme consigo. En seguida llega el kiaia del gobernador de Filipópolis, me saluda en nombre de su señor, y me dice que el gobernador me ha hecho disponer una casa espaciosa y cómoda y una cena, y que quiere que me detenga algunos dias en la ciudad, pero insisto en aceptar la casa del joven Griego llamado Maurides.

Entramos en Filipópolis en número de sesenta ú ochenta ginetes; las ventanas y las calles estan llenas de gente que sale á vernos; — nos reciben la hermana y las tias del señor Maurides: — casa espaciosa y elegante; — hermoso divan con veinticuatro ventanas y amueblado á la europea, adonde el gobernador y los principales vecinos de la ciudad vienen á visitarnos y á tomar café. Pasamos tres dias en Filipópolis, disfrutando la admirable hospitalidad de Maurides, recorriendo las cercanías y recibiendo y pagando las visitas de los Turcos, los Griegos y los Armenios.

Filipópolis es una ciudad de treinta mil almas, situada á cuatro jornadas de Andrinópolis y á ocho de Sofía, en la orilla de un rio, sobre un cerro aislado en medio de un ancho y fértil valle: es uno de los mas hermosos asientos naturales de una ciudad que es posible imaginarse; la cima de la montaña está coronada de casas y de jardines, y las calles bajan serpeando circularmente para que no sean tan rápidos los declives, hasta las orillas del rio, que circula al pie de la ciudad y la cerca con un foso de agua corriente; el aspecto de los puentes, de los jardines, de las casas, de los corpulentos árboles que se alzan en las márgenes del rio, de la llanura arbolada que separa al rio de las montañas de la Macedonia, y de esas mismas montañas cuyas laderas están cortadas por torrentes cuya blanca espuma se alcanza á divisar, y salpicadas de aldeas ó de grandes monasterios griegos, hace del jardín de nuestro huésped uno de los puntos de vista mas admirables del mundo; la ciudad está poblada, en igual proporción, por Griegos, Armenios y Turcos. Los Griegos son en general instruidos y comerciantes; los mas acomodados envían á sus hijos á educarse en Hungría, con lo que luego se les hace mas pesada la opresión de los Turcos: aspiran por la independencia de sus hermanos de la Morea.

Salimos de Filipópolis, y llegamos en dos dias á una linda ciudad, en una llanura cultivada, llamada *Tatar-Bazargik*, que pertenece, lo mismo que la provincia circunvecina, á una de aquellas grandes familias feudales turcas, de que existían cinco ó seis razas en Asia y en Europa, respetadas por los sultanes. El joven príncipe que posee y gobierna á *Tatar-Bazargik* es hijo del antiguo visir Huseim-Bajá. Nos recibe con una hospitalidad caballeresca, nos da una casa recién construida en la orilla de un rio que rodea la ciudad, casa grande, elegante y cómoda, perteneciente á un Armenio muy rico: — apenas estamos instalados en ella, cuando vemos llegar quince ó veinte esclavos, cada cual con una bandeja de estaño sobre la cabeza, y que ponen en el suelo á nuestros pies una multitud de arrozas, de pasteles, de platos de caza y de dulces de toda especie, procedentes de las cocinas del príncipe; — me traen de regalo dos hermosos caballos que rehúso, — y varias reses para el sustento de mi comitiva. — Al dia siguiente empezamos á ver los Balkans, hermosas montañas cubiertas de árboles, de aldeas, de plantíos, pobladas por los Búlgaros. Seguimos todo el dia las orillas de un torrente que forma numerosos pantanos en la llanura; cuando llegamos al pie del Balkan, me encuentro con los principales ve-

cinos árabes de la aldea búlgara de *Jenikeui*, que nos están esperando ; cogen las riendas de nuestros caballos, se colocan á derecha é izquierda de nuestros carruages, los sostienen con las manos y con los hombros, los levantan á veces para evitar que vuelquen en la vera de los precipicios y así llegamos al miserable pueblo donde ya nos han precedido mis Tártaros. Las casas, esparcidas por las laderas ó las cimas de dos cerros separados por una profunda barrera, estan rodeadas de huertecillos y de prados ; todas las montañas estan cultivadas en su base, y cubiertas en su cima de hermosos arbolados ; las casas son unas verdaderas chozas, cubiertas de retama ; ocupamos siete ú ocho, y nuestros camelleros y mozos de mulas se acomodan en los huertos : cada casa no tiene mas que una pieza, sin mas piso que la tierra pelada. — El cansancio y las pesadumbres me ocasionan una furiosa calentura ; paso veinte dias tendido sobre una estera en una miserable choza sin ventanas, entre la vida y la muerte. Mi pobre muger pasa quince dias y quince noches sin pegar los ojos junto á mi cama de paja ; envia á los pantanos del llano en busca de sanguijuelas, y al fin acaban los Búlgaros por encontrarlas ; sesenta sanguijuelas aplicadas en la boca del estómago y las sienes disminuyen el peligro : — conozco mi situacion, y dia y noche

pienso en mi muger abandonada, si llego á faltarle, á cuatrocientas leguas de todo consuelo, en las montañas de la Macedonia : ¡ horas terribles ! Llamo á M. de Capmas y le doy mis últimas instrucciones para el caso de mi muerte ; le encargo que me haga enterrar junto á un arbol que vi, al llegar, á la vera del camino, con una sola palabra escrita sobre la losa, una palabra superior á todos los consuelos : — Dios. — Al sexto dia de calentura, pasado ya el peligro, oimos un rumor de caballos y armas en el patio ; se apean varios ginetes y vemos entrar en la estancia al joven y amable Griego de Filipópolis, el señor Maurides, en compañía de un médico macedon y de varios criados que traen provisiones, muebles y medicamentos. Un tártaro que cruzaba el Balkan, de camino para Andrinópolis, se habia parado en el kan de Filipópolis y habia estendido la voz de que un viagero franco habia caido enfermo y estaba muriéndose en Jenikeui : — esta noticia llegó á oidos del señor Maurides á las diez de la noche ; — sospecha que aquel Franco puede ser su huésped, envia á llamar á su amigo el médico, reúne sus criados, manda cargar en sus caballos todo lo que su caritativa prevision le hace conceptuar necesario para un enfermo, se pone en camino á media noche, corre sin detenerse, y en dos jornadas llega á traer consuelos